

Doctrina Social de la Iglesia y economía: ¿cómo abordar hoy las “cosas nuevas”?

Domingo Sugranyes Bickel

Expresidente Fundación Centesimus Annus pro Pontifice
E-mail: domingosugranyesbickel@gmail.com

Recibido: 26 de junio de 2020

Aceptado: 17 de septiembre de 2020

RESUMEN: Cuando trata sobre cuestiones económicas, el Magisterio católico pisa un terreno propenso a la controversia. Lo hizo por primera vez en 1891 con *Rerum novarum* después de una larga preparación en círculos católicos europeos, y obtuvo una notable influencia en la creación de instituciones. Ante los profundos cambios de hoy, ¿puede el Magisterio hablar de economía para todos? ¿Es posible que en la Iglesia se formule hoy un mensaje tan eficaz como el de hace 129 años?

PALABRAS CLAVE: ética económica; pensamiento social cristiano, historia de la Iglesia.

Catholic Social Teaching and the economy: How to approach “New Things” today?

ABSTRACT: When it comes to economic issues, the Catholic Magisterium treads on controversial ground. It did so for the first time in 1891 with *Rerum novarum* after a long preparation in European Catholic circles and gained a notable influence in the creation of institutions. In the face of today’s profound changes, can the Magisterium speak of economy for all? Is it possible that in the Church today a message is formulated that is as effective as that of 129 years ago?

KEYWORDS: business ethics; Christian social thought; Church history.

1. Introducción

“Mi Reino no es de este mundo” dice Jesús a Pilatos: la plena dimensión de la revelación del Señor Jesucristo no se agota en ningún mensaje de ética social. El *Reino* está presente en nuestra realidad, exige e inspira rectificaciones en nuestra conducta, pero no se agota en ellas, no se puede reducir a un manual de ética. En cuanto a la economía, el análisis de la realidad y las políticas a aplicar para gobernarla dan lugar a teorías contradictorias; la economía es un campo del saber y del actuar en el cual hay intereses potentes que mueven a las personas, tanto a la colaboración como a la competencia, y no es raro que nazcan conflictos.

Con esa doble dificultad de partida –la irreductibilidad del mensaje evangélico y el carácter conflictual de todo lo económico– ¿es posible un discurso económico de la Iglesia que sea válido para todos? No soy especialista de la doctrina; propongo una respuesta desde el punto de vista de un creyente común con trayectoria de practicante de la actividad económica.

Los documentos que definen la Doctrina Social de la Iglesia –encíclicas, documentos de la Santa Sede y de las conferencias episcopales, el *Compendio de la doctrina*

social de la Iglesia de 2004– reflejan estas dificultades de partida en su carácter poco sistemático: tocan una gran variedad de temas con sustanciales cambios de énfasis de uno a otro. No son y no quieren ser ni guías de análisis económico, ni libros de recetas. Enuncian los principios y la inspiración desde un nivel elevado y universal, con la altura de miras que demanda la autoridad moral, pero también se refieren a la actualidad de cada momento, a veces enjuiciando situaciones. Se percibe la variedad de fuentes y aportaciones de distintos colaboradores en la redacción. Por supuesto, y es lo que importa, siempre hay un hilo conductor, eco del grito profético sobre la justicia del Israel bíblico y su continuación en el mensaje evangélico: denunciar las injusticias hacia los más vulnerables; actuar en favor de los más pobres; ponerse en marcha en el camino espiritual e intelectual de un cambio vital, la conversión del corazón.

2. Influencia en las instituciones

La influencia del pensamiento económico y social católico en la historia económica es innegable. La encíclica *Rerum novarum* (“De las cosas nuevas”) y todo el movimiento social que contribuyó a su

preparación y a su difusión posterior han inspirado un florecimiento de instituciones socioeconómicas católicas a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX: escuelas, universidades, institutos de formación profesional, sindicatos, partidos políticos, organizaciones empresariales, sociedades cooperativas agrícolas, industriales, de crédito y de seguros.

En nuestro país, por ejemplo, ilustres instituciones de ingeniería y gestión como ICADE-ICAI (Comillas), Deusto y ESADE, o los innovadores centros de formación profesional fundados por jesuitas y salesianos; en la segunda oleada de los años 40 nace el gran movimiento cooperativo vasco fundado por José María Arizmendiarrieta. Esta extraordinaria creatividad, nutrida de espíritu de empresa y descentralizada en el espacio cultural católico –en sus inicios todavía principalmente europeo– se difundió en todos los continentes y tuvo un segundo vuelo brillante después de la segunda guerra mundial, siendo una de las cunas de la Unión Europea y una inspiración en la caída del telón de acero. ¿Es pensable un movimiento análogo en el siglo XXI?

La eclosión de *Rerum novarum* fue precedida de un largo proceso: había pasado casi medio siglo desde los hechos de la revolución indus-

trial inglesa y la organización de los movimientos socialistas cuando León XIII, haciendo obra de innovador, toma posición sobre las cosas nuevas de la economía y del trabajo, rechaza el concepto de lucha de clases y, al mismo tiempo, dibuja un ideal económico y social fundado en la justa remuneración del trabajo y en la función social de la propiedad.

En la lenta elaboración de estas ideas habían intervenido varios círculos, en Alemania, en Austria, en Suiza, en Francia. De allí nacieron unos centros de pensamiento permanentes –por ejemplo, en Francia, *Économie et humanisme* de los dominicos y del economista François Perroux, o *L'Action populaire* de los jesuitas– que prepararon un nuevo florecimiento después de 1945 y fueron esenciales en la elaboración de las encíclicas de Juan XXIII y Pablo VI, *Mater et Magistra* y *Populorum Progressio*. Al mismo tiempo se producía una profunda evolución en la manera en que la Iglesia define su propia presencia en el mundo, como se revela en los documentos del Concilio Vaticano II.

S. Juan Pablo II vuelve a situar claramente en 1987 el mensaje: “La doctrina social de la Iglesia *no es*, pues, una ‘tercera vía’ entre el *capitalismo liberal* y el *colectivismo marxista*, y ni siquiera una posible

alternativa a otras soluciones menos contrapuestas radicalmente, sino que tiene una *categoría propia*. No es tampoco una *ideología*, sino la *cuidadosa formulación* del resultado de una atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial. Su objetivo principal es *interpretar* esas realidades, examinando su conformidad o diferencia con lo que el Evangelio enseña acerca del hombre y su vocación terrena y, a la vez, trascendente, para *orientar* en consecuencia la conducta cristiana¹. En el mismo texto, Juan Pablo II afirma la caridad cristiana como una “opción preferencial por los pobres”, que “debe traducirse, a todos los niveles, en acciones concretas hasta *alcanzar decididamente* algunas reformas necesarias”², y las enumera a continuación en una especie de agenda internacional ideal.

Pero en ese mismo momento se están produciendo cambios de gran calado en Europa. Los años 80 marcan otro gran momento histórico en la influencia institucional y social de la Iglesia católica con el movimiento sindical polaco y su influencia, por lo menos parcial,

en el desmoronamiento de los regímenes soviéticos. Después de la caída del muro de Berlín, la encíclica *Centesimus Annus* de S. Juan Pablo II parecía responder en 1991 a un momento de “muerte de las ideologías”: lejos de cualquier intento de “tercera vía”, el texto reconoce la legitimidad universal de la economía de mercado o de empresa, al mismo tiempo que denuncia los peligros que sus derivaciones hacen pesar sobre el desarrollo humano social y cultural. Entonces parecía natural una cierta unanimidad en torno a la organización de la vida económica. Pero las cosas se han vuelto a complicar.

Un cuarto de siglo más tarde, la polarización entre posiciones económicas y sociales ha vuelto y está ahora en su nivel máximo. Coexisten posiciones incompatibles, o difícilmente conciliables, entre cristianos de distintos continentes y de distintos niveles de recursos. La lectura de los hechos económicos, sus causas, sus mecanismos y sus consecuencias da lugar a interpretaciones cristianas contradictorias entre partidarios de la economía de mercado —liberal, capitalista, o como se quiera llamar— y los que buscan un “sistema”, un “modelo” alternativos.

Estas generalizaciones son ambiguas y poco precisas, pero traducen actitudes de fondo distintas

¹ JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, n. 41

² *Ibid.*, n. 43

que se perciben intuitivamente en cualquier debate o en cualquier documento de inspiración cristiana sobre economía. Y estos pre-conceptos, estos “a priori” muchas veces impiden un diálogo verdadero y una acción constructiva y colaborativa para abordar reformas hacia una economía de mercado más social.

En este contexto, en el que la propia ciencia económica también es cuestionada y se enfrenta con dudas crecientes sobre su carácter de ciencia exacta, la encíclica *Caritas in Veritate* (CV) de Benedicto XVI, en la que se observa la influencia de peso de la *economía civil* del Profesor Stefano Zamagni, hace un esfuerzo generoso por mantener un equilibrio, por tener en cuenta sensibilidades discordantes y por buscar un fundamento común, más allá de posiciones antitéticas: “La doctrina social de la Iglesia sostiene que se pueden vivir relaciones auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y de reciprocidad, también dentro de la actividad económica y no solamente fuera o ‘después’ de ella. El sector económico no es ni éticamente neutro ni inhumano o antisocial por naturaleza. Es una actividad del hombre y, precisamente porque es humana, debe ser articulada e institucionalizada éticamente” (CV 36).

Al aventurarse en el campo de las finanzas, particularmente minado por ideologías e intereses, un documento reciente (*Oeconomicae et Pecuniariae Quaestiones*)³ que no tiene rango de encíclica, presenta la opinión de la Santa Sede sobre temas concretos que, a raíz de la crisis de 2008, han dado lugar ya a debates públicos ruidosos, a algunas severas condenas en los tribunales, y han traído medidas de reforma y reglamentación cada vez más estrictas; al hacerlo, sin citar fuentes científicas o de experiencia, la Santa Sede en cierto modo pone en juego su credibilidad.

El documento contiene recomendaciones de nivel personal para cualquier ciudadano, duros juicios dirigidos a las entidades financieras, y recomendaciones a instancias políticas económicas nacionales o supranacionales. El documento parece estar dirigido a estos tres niveles de decisión, aunque no siempre se tiene en cuenta claramente la capacidad de acción de los lectores en cada uno de

³ Congregación para la doctrina de la fe y el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, *Consideraciones para un discernimiento ético sobre algunos aspectos del actual sistema económico y financiero* (6 de enero de 2018). Ver mi artículo en el número 1436 de *Razón y Fe* de noviembre-diciembre 2018.

ellos. En la medida en que el texto se dirige a un público de responsables económicos, sus pronunciamientos sobre temas concretos y discutidos pueden constituir un obstáculo en la búsqueda del objetivo principal, la disponibilidad personal inspirada en la solidaridad humana. Cuando la autoridad eclesiástica parece inclinarse y tomar partido en un debate económico y político complejo como el de la regulación financiera, la parte del auditorio que no comparte las opiniones sostenidas encontrará una fácil excusa para no prestar atención al mensaje de fondo. Todos conocemos casos en que la autoridad de la Santa Sede en materia económica se ve refutada, ya sea porque es entendida como “anticapitalista”, ya sea, al contrario, por percibirse como demasiado complaciente, o porque hace recomendaciones que se contradicen con cierta falta de rigor y transparencia de las instituciones eclesiásticas en la gestión de su propio patrimonio.

No pocas veces nos pueden surgir así objeciones de tipo científico o práctico ante determinadas posiciones concretas del Magisterio, quizás demasiado decantadas hacia uno u otro lado de un tema debatible. Y ello nos lleva a rechazar apresuradamente todo el mensaje, y no sólo su contenido circuns-

tancial. Pero hay que admitir que nuestra resistencia a aceptar el mensaje de fondo también tiene otra razón: detrás de nuestro rechazo está nuestra debilidad ante una seducción que el Papa Francisco denuncia a menudo: la mundanidad. Esa “segunda bestia” del Apocalipsis que tiene aspecto de cordero, pero habla como el dragón (Ap 13, 11).

La gran tensión de las decisiones económicas, el compromiso que asumimos con unos objetivos de sostenibilidad económica, que inevitablemente se miden en términos de éxito o de fracaso monetarios, hacen que nos resulte difícil escuchar una voz que antepone la solidaridad a la eficacia. Excusas ante razonamientos imprecisos o no totalmente justificados en el texto, pero también ceguera debida a nuestra propia deformación mental. Ante esos dos tipos de resistencias del lector –agente que toma decisiones económicas– el papa Francisco adopta un enfoque distinto del de la doctrina social reciente, y mucho más potente.

3. *Laudato si'*: un enfoque diferente

En su encíclica *Laudato si'* (LS), “sobre el cuidado de la casa común”, Francisco adopta decididamente

un modo inductivo propio del proceder de la Iglesia del Vaticano II en materia de ética social. En el tema de la ecología integral, se nutre de numerosas fuentes preexistentes en la Iglesia; pero, sobre todo, se pone a la escucha de la ciencia. Según Jaime Tatay, SJ, que ha estudiado en profundidad el método y la epistemología de LS, “la extensión y profundidad del diálogo establecido por Francisco con la comunidad científica no tiene precedentes en la historia de las encíclicas papales y supone, en gran medida, un nuevo modo de elaborar la DSI”⁴. Inspirándose en los trabajos de algunos científicos reconocidos, se hace cargo de un tema estimulante y nuevo en la doctrina; algunos años antes de que conquiste las primeras páginas en los medios, lo sitúa en un contexto bíblico, eleva su impacto y lo llena de sentido desde el punto de vista de la fe y de la comunidad eclesial.

El Papa no ignora la polémica: la encíclica toma partido contra el negacionismo respecto del cambio climático, pero no cierra los debates sobre cuestiones técnicas y deja abiertas varias alternativas prácticas. A Francisco no le asusta

⁴ J. TATAY, *Ecología integral. La recepción católica del reto de la sostenibilidad: 1891 (RN) – 2015 (LS)*, BAC, Madrid 2018, 376.

que existan varias orientaciones legítimas en materia de compromiso ecológico. A la vez radical y equilibrado, lejos de la inconciencia de algunos y de la idolatría naturalista de otros, plantea las cuestiones ambientales en su contexto económico y social más amplio, el del “desarrollo humano integral”.

Lo importante para él no es tomar partido sobre una u otra opción de reforma ecológica, sino provocar la reflexión sobre lo que significa el cuidado de la casa común, en comunión espiritual con los líderes de las iglesias cristianas ortodoxas y otras confesiones cristianas. Este ejercicio magistral de reinterpretación de la actualidad, sin arriesgar su credibilidad en temas discutidos, se inscribe en la lectura de los “signos de los tiempos” que preconizaba Pablo VI y abre un camino fértil para el desarrollo de la reflexión de la Iglesia en otros temas, en particular los económicos⁵.

⁵ Entre la redacción y la publicación de este artículo se ha publicado la encíclica *Fratelli tutti*, en la que el Papa Francisco invita a una intensa meditación con esa misma entrañable y exigente voz que recibimos diariamente en sus homilias matinales durante el confinamiento. No toca cuestiones económicas sino de pasada, cuando critica “la obsesión por reducir los costos laborales” (20) o cuando apela a la capacidad de los empresarios y les recuerda “la subordinación de toda

4. **Un tiempo de escucha y consultación**

La economía y la vida social se enfrentan en este momento a profundas conmociones; los cambios son rápidos y, en parte, imprevisibles. Europa ya no es el centro de los acontecimientos como a finales del siglo XIX; desempeña más bien un papel de consumidora, rica y exigente, de unas innovaciones que proceden de los nuevos centros tecnológicos: Silicon Valley, Seattle, Bangalore o Shenzhen. La robótica y las “máquinas que aprenden” traen consigo cambios en el trabajo, el empleo, la educación y la cultura, igual que en su momento hicieron la imprenta, la máquina de tejer y la electricidad. La explotación de las ingentes cantidades de datos no estructurados que crea nuestra “huella digital” abre un amplio potencial y, también, plantea desafíos éticos nuevos en la salud, el control de la meteorología y el cambio climático, las comunicaciones, los transportes... y, ante todo, en las técnicas de *marketing* y en la libertad del consumidor.

propiedad privada al destino universal de los bienes” (123). El sentido de su mensaje va también en el sentido aquí esbozado cuando recomienda escuchar a las ciencias (185) y promover un enfoque multidisciplinar (204).

La pandemia del Covid-19 ha puesto en evidencia ventajas y deficiencias de nuestra organización económica: durante el confinamiento, hemos comunicado intensamente poniendo a prueba la capacidad de las redes y de las operadoras y nos hemos familiarizado como nunca antes con su utilización; pero los daños económicos y sociales del parón nos hacen comprobar el efecto tremendamente desigual de una reducción forzada del crecimiento económico, que aumenta las desigualdades y destruye empleos; han salido a la luz muchas debilidades de la gestión pública y la falta de colaboración entre sector público y privado; la desprotección de ancianos y migrantes; el foso entre generaciones; la proliferación y la saturación de los medios de comunicación y el consiguiente riesgo de desinformación... Más que un mundo nuevo, la emergencia sanitaria ha abierto llagas existentes y deja aún mayores dosis de incertidumbre.

Hemos visto cómo la Santa Sede tardó casi medio siglo en contestar al *Manifiesto comunista* de Marx y Engels y en elaborar un pensamiento propio sobre la problemática social surgida de la industrialización. ¿No sería prudente considerar el momento actual, tan imprevisible, como otra época

de aprendizaje, durante la cual la Iglesia escucha a científicos y operadores de todas las tendencias e intenta comprender lo que ocurre, antes de formular respuestas e inspirar la creación de nuevas instituciones?

Las fórmulas del pasado han perdido eficacia, se han quedado obsoletas porque responden a planteamientos antiguos y no se sitúan en la cultura secularizada actual. Para que la doctrina social recupere la frescura propositiva en materia económica que tuvo en otra época, haría falta instaurar ante todo un proceso formal de escucha y acompañamiento abierto e internacional. No basta preguntar a los pocos expertos de siempre. Tampoco bastan los encuentros de movimientos católicos existentes: ya se sabe de antemano más o menos lo que cada uno va a decir.

Hay que salir de los discursos habituales y buscar opiniones mucho más ampliamente, entre católicos, cristianos de otras confesiones, creyentes de otras religiones, y entre muchos no creyentes que están trabajando en los temas de una economía del bien común. Se podría organizar una amplia consultación, realizada con independencia y auténtica curiosidad intelectual, para recoger los hechos observados y las opiniones formuladas por economistas científicos,

universidades, empresas, centros de reflexión del mundo entero. En esta encuesta deberían intervenir perfiles académicos, por supuesto, pero también personas vinculadas a las estructuras eclesiales –clérigos y laicos– y personas con conocimiento adquirido por experiencia directa en actividades económicas.

Esta amplia consultación de ideas y experiencias debería organizarse con una preocupación auténtica por penetrar los procesos económicos en sí mismos, sin sacar juicios morales apresurados. Se trata de descubrir y entender nuevas oportunidades y nuevos problemas analizando, no sólo las intenciones, no sólo los abusos eventuales, sino indagando en el corazón mismo del proceso que se suele llamar, a veces de manera demasiado complaciente, la “creación de riqueza”, en las fuerzas que determinan la apropiación de esa riqueza por los distintos agentes que intervienen en el proceso, y en las metodologías que permiten analizar y gobernar este proceso.

Una encuesta de estas características debe abordar problemas técnicos, no para etiquetarlos como buenos o malos a priori, sino para entender su función y los debates en curso en la materia. Por ejemplo: el crecimiento medido por el Producto Interior Bruto (PIB) de

la contabilidad nacional no refleja los costes del deterioro ambiental. En realidad, la contabilidad ni refleja toda la actividad económica, ni es suficiente para dar cuenta de la satisfacción duradera de las necesidades humanas; deberían entrar en la medición elementos que reflejen costes y producciones actualmente no reconocidos en términos monetarios.

Sobre esto se debate en muchos ambientes y la elaboración de criterios comunes sería esencial para justificar democráticamente un consenso, pongamos, sobre las nuevas políticas fiscales necesarias para un desarrollo sostenible. Existen varias propuestas de fuentes autorizadas sobre índices de desarrollo humano duradero. Son cuestiones de un elevado contenido técnico, pero se plantean por una preocupación ética de justicia: ¿no merecerían un estudio en profundidad por parte de la Iglesia católica?

Otro ejemplo: admitiendo una tradicional y arraigada desconfianza de la Iglesia hacia los desarrollos de una técnica sometida exclusivamente a fines de dominio militar o económico –ampliamente justificada si se piensa en las armas masivas utilizadas en las guerras mundiales del siglo pasado– ¿no sería útil, para entrar realmente en materia, romper y desmenuzar el concepto atractivo, pero poco pre-

ciso del “paradigma tecnocrático”? ¿No convendría escuchar con atención a los actores del cambio tecnológico y así tratar de analizar por qué y cómo se toman decisiones de inversión en innovaciones técnicas, en la robotización, el “internet de las cosas”, la “inteligencia artificial” o la ingeniería biológica, antes de juzgar? Así, la reflexión de la Iglesia podría participar eficazmente en la elaboración de ideas, ya en marcha en muchas instancias, para definir límites o criterios de decisión éticos.

Para ello haría falta que los organismos que cuidan de la doctrina social católica superen una tradicional timidez ante el hecho económico como tal: es decir, ante los éxitos y los fracasos de millones de personas que, en la incertidumbre, asumen riesgos en el campo económico y financiero. Denunciar las malas conductas de algunos no puede llevar a extender la sospecha a todo un sector de la vida colectiva. Más que juicios, hace falta una voluntad de escucha y de acompañamiento.

5. Una estrategia de apropiación

Lejos de juzgar “a priori”, la reflexión económica cristiana así concebida podría tener un papel

vital para despertar los espíritus y acompañar a todo creyente –y a toda persona de buena fe– en el camino de la autocrítica, en un esfuerzo por redescubrir el sentido de la actividad económica y construir poco a poco una brújula ética actualizada. Se trata de desarrollar una auténtica estrategia de apropiación de la inspiración cristiana en materia económica por quienes han de ser sus actores, y ello se debe hacer con una pedagogía activa y participativa, acorde con la cultura actual y con lo que sabemos sobre el aprendizaje moral.

Además de la encuesta o consultación global antes mencionada, las conferencias episcopales y las diócesis (ya lo vienen haciendo en algunos casos) podrían invertir en dos líneas: promover el debate entre expertos de distintas tendencias, por un lado, y crear lugares de formación en la enseñanza social entendida, por otro lado, no como la repetición de una serie de principios abstractos, sino como una invitación a la reflexión y un acompañamiento en el camino. Para ello, no basta la relación con los movimientos católicos profesionales o “de clase” existentes, legítimos pero insuficientes. En una perspectiva realmente universal

(“católica”), ante la conmoción de las categorías tradicionales, estos lugares de escucha y de formación deberían tener siempre composiciones mixtas, con expertos de las cuestiones tratadas, especialistas de ética, y cristianos de distintos orígenes sociales.

La lenta elaboración de un pensamiento social católico renovado, capaz de responder a las “cosas nuevas” de hoy y mañana, no puede llevarse a cabo sin un conocimiento detallado de las cuestiones en debate, y sin que medie una amplia reflexión crítica sobre el “cómo”, el “por qué” y el “para qué” trabajamos. Esto no se promueve con declaraciones precipitadas. Hace falta un paciente esfuerzo para escuchar los cambios, para comprender e interpretar los hechos, para adquirir esa capacidad de discernimiento colectivo que propone el papa Francisco en *Laudato sí'*. En este mismo ejercicio se irá formando poco a poco el nuevo tesoro: una actitud cultural individual y colectiva, de donde puedan brotar el impulso y la creatividad necesarias para marcar un estilo económico cristiano –o sea plenamente humano– en el mundo de las cosas nuevas. ■

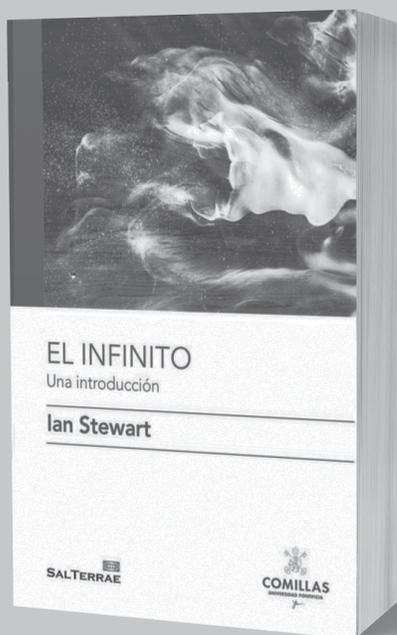
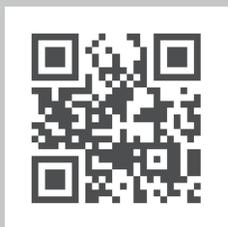
El infinito

Una introducción

Ian Stewart

El infinito es uno de los conceptos físico-matemáticos más fascinantes. Y su significado se relaciona con otros ámbitos tan diversos como la religión, la filosofía, la metafísica o la lógica.

Este libro, además de estudiar a fondo el infinito en las matemáticas, el prestigioso matemático y divulgador científico de la Royal Society, Ian Stewart, analiza los rasgos de otros aspectos del infinito y plantea algunos de los grandes problemas y conocimientos derivados de este concepto en el mundo real. Incluso en situaciones o instrumentos de nuestras vidas completamente insospechados.



El infinito
Una introducción
Ian Stewart

ISBN: 978-84-8468-828-0
Universidad Pontificia Comillas,
Sal Terrae, 2020.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950